



antología

El arte  
de la  
escritura









*Antología*  
*El arte*  
*de la*  
*escritura*



Edición: Nicolás Cruz  
Diagramación: Marta Suárez

BiblioGAM  
Santiago de Chile  
enero de 2019

## Índice



*El viaje de los patriotas* Pág. 5  
Rafael Felicindo Catalán  
Díaz



*El departamento* Pág. 13  
Camila Leyva



*Tailandia* Pág. 19  
Azares



*La cuarta es la vencida* Pág. 25  
Tamara Hermosilla



*Rapaz* Pág.46  
Paula Elgueta Pérez





## PRESENTACIÓN

*"El poeta es un pequeño Dios"*, dijo Vicente Huidobro en Arte poética, poema del libro *Espejo de Agua*, publicado en el año 1916, hace más de un siglo atrás. La vigencia de sus palabras, a pesar del demoledor paso del tiempo, de las modas literarias, y de la pérdida de la preponderancia de las artes literarias en el panorama cultural actual, se debe a que sus máximas no solo son aplicables hasta el día de hoy al quehacer poético, sino también al quehacer literario en general.

Todo escritor debiera aspirar a ser un pequeño Dios, no por tratarse de un ser superior, aunque muchos escritores le hayan dado esa lectura errónea a los versos del poeta, sino por tratarse de alguien que aspira a tener el conocimiento total del mundo que ha creado. Si el narrador consigue tener el dominio de su universo, no sólo será capaz de dotarlo de vida, haciendo *"florecer la rosa en el poema"*, sino que también conocerá los valiosos secretos que este mundo contiene, y podrá decidir cómo y cuándo revelárselos al lector. Esta es la base de lo que en narración se conoce como sorpresa y suspenso, dos de las estrategias de distribución de la información con las que cuenta el escritor para jugar con las expectativas del lector, apelar a sus emociones y a su capacidad de asombro, cuando por momentos, a más de un siglo de los versos escritos por Huidobro, parece estar todo hecho. En eso es precisamente donde radica lo eterno de las historias y de la literatura, en la capacidad de llegar al corazón, al nervio y a la emoción del lector, a través de lo

irrepetible de cada experiencia humana, y de las cientos de formas que como escritores tenemos para presentárselas una y otra vez al lector.

El escritor aspira a ser un pequeño Dios, para tener una mirada vasta y panorámica del mundo al que ha dado vida. Al mismo tiempo es su propio Dios en el sentido en que busca su destino, y su forma particular y única de crear. Esos son algunos de los pilares que trabajamos en el taller *El arte de la escritura* dictado durante los meses de junio, julio y agosto en el Centro Cultural Gabriela Mistral, junto a los cinco escritores que formaron parte de éste. La idea de encontrar un modo particular de abordar nuestras historias, cobra vida en los cuentos que conforman la antología que hoy les presento, y es uno de los puntos unificadores de los cinco autores que la componen.

En *El Viaje de los Patriotas*, Rafael Catalán, nos adentra en la historia de Vladimir, un ex espía soviético que viaja desde Moscú a Vladivostok, atravesando la nueva Rusia en el tren transiberiano. A la par que realiza este viaje clandestino para cumplir su última misión, reflexiona sobre el devenir de su pueblo y de su propia vida.

En *El departamento*, relato de Camila Leyva, un hombre deja el hogar de su madre y parte a vivir solo por primera vez, con la esperanza de iniciar su ansiado ascenso social. Lo que no adivina es que en la nueva morada tendrá un inesperado vecino, que lo hará replantearse unas cuantas cosas sobre su forma de ver la vida.

En *Tailandia*, Azures nos lleva a ser parte del momento clave en la vida de dos amantes, que luego de

años de fogosos encuentros, deciden comenzar una nueva vida juntos, y libres de las cárceles de la clandestinidad. Cuando creen estar al fin en paz, se verán enfrentados a un inesperado obstáculo, que amenazará con destruirlo todo.

*La cuarta es la vencida*, cuento de Tamara Hermosilla, nos cuenta las tragedias de J, un hombre que postula para ser uno de los tipos con más mala suerte que conoce su fiel amiga Flautita, pero que sin embargo a medida que avanza el cuento, se va configurando como un sobreviviente, corajudo y profundamente humano.

La antología la cierra Paula Elgueta Pérez con *Rapaz*, donde la autora nos relata la historia de un hombre y las preocupaciones familiares que se ciernen sobre él, debido a su inquebrantable soltería. Un cuento construido sobre un hábil juego de apariencias, que nos hará deambular a través de los prejuicios a los que nos enfrentamos a diario, y que muchas veces nos vuelven ciegos ante los peligros que nos acechan en el camino.

Nicolás Cruz  
Profesor El Arte de la Escritura,  
2018.



**El viaje de los patriotas**  
**Rafael Felicindo Catalán Díaz, Santiago, 1958**

*“En el cuarto libro de Moisés se nos explica cómo Dios ordenó a éste que enviase a algunos hombres a la tierra de Canaán para obtener información. Fueron elegidos doce, uno por cada tribu, y a uno incluso se le asignó un nombre falso —Joshua, que era Hosea, hijo de Noon—, una medida en absoluta concordancia con la práctica de los organismos de inteligencia”.*

La trajeron en una caja un domingo de junio, al medio día. La añoraba y esperaba en mis sueños, como cuando joven añoré la certificación para integrarme al servicio. Al principio no lo creí, pero estaba ahí, en el piso junto a los periódicos dominicales, la pequeña caja de cartón envuelta en papel barato, con una vainilla en su interior. No existían dudas, mi entrega durante todos estos años me había valido ganar el viaje de los patriotas.

Solo necesitaba descifrar el lugar y la fecha de salida. Busqué en el periódico algo que me lo indicara, pero no, ningún número telefónico, ninguna dirección, ningún aviso de línea aérea remarcada. En mi desesperación dejé caer la vainilla al suelo, la que rodó debajo de la mesa, produciendo un sonido familiar a mis oídos. La recogí como muchas veces lo había hecho para no dejar rastros, y en ese instante lo comprendí: ésta tenía registrada en su parte posterior “b4p13”. Rápidamente busqué en el cuerpo “b” del periódico, su página 4, donde se leía en el párrafo trece un aviso que señalaba la venta de un cazo a

partir del lunes en 2.25 rublos. Además el aviso llevaba el número telefónico 1891-9288. Esto último me llamó la atención, pues en esta profesión uno aprende a memorizar números telefónicos y, sin dudas, éste no pertenecía a ninguna planta telefónica. Iba bien encaminado, solo faltaba descifrar este último dato. El sonido del pito de la tetera me dio la clave: los cazos se utilizan para calentar mediante carbón el agua del té que se vende a los viajeros en los andenes de las estaciones ferroviarias, por lo tanto, los 2.25 rublos deberían corresponder a la hora de salida y el medio de transporte sería el "Tran-Sib", tal cual conocen muchos rusos al Ferrocarril Transiberiano, que recorre los 9288 Km, que separan a Moscú de Vladivostok.

Ese día me dediqué a hacer mi maleta, en la que solo eché recuerdos atesorados; algunas vainitas recogidas en actos de servicio, la daga que muchas veces se bañó con la sangre del enemigo, las pastillas que me permitirían evitar la vergüenza de mi captura, el pequeño libro de códigos para interceptar mensajes y mi tesoro más preciado: mi pistola automática obsequiada por el mismísimo director, en los años 70, en plena guerra fría. Aproveché de llevarle flores a Valentina, mi mujer, quien dio su vida apagando el fatídico reactor de Chernóbil, y ahora reposa en esa tumba, de la cual me fui a despedir.

La tarde está soleada, la estación de Yaroslavskii hierva de viajeros, estafadores, ladrones y vendedores ambulantes venidos desde distintas regiones de mi antiguo imperio soviético. A la sombra de la estación, una hermosa construcción de ladrillo de la época prerrevolucionaria, los pasajeros arrastran bolsas de plástico llenas de ropa y comida por el oscuro andén de

asfalto. Algunas gitanas me suplican que les dé unos cuantos rublos, mientras miro a un grupo de compatriotas que permanecen detrás de mesas bajas vendiendo salchichas calientes, pan y frutas. Muchos de los compradores visten trajes baratos de procedencia china, sumergen sus salchichas en salsa de tomate y beben ávidamente botellas de cerveza. En todo este torbellino de gente, observo a una joven hablar por celular y a una corpulenta anciana que lleva un colorido pañuelo, una *babushka*, quien al igual que yo se asombra con todo esto y en qué nos hemos convertido. Yo sé, en nada.

La cola de la ventanilla para comprar el pasaje no es tan larga como las que existen en las otras ventanillas, donde se atiende en forma separada a pensionados, personal militar y trabajadores ferroviarios, quizás porque merecen un trato más indigno, de acuerdo con los nuevos tiempos.

Con la vista busco el tren número 2, el "Rossiya". Por sus colores llamativos no me es difícil encontrarlo, con su mitad superior celeste e inferior roja. Es el tren más rápido del Trans-Sib y el único que llega a Vladivostok, a orillas del mar de Japón, para lo cual requerirá de 6 días, 12 horas y 25 minutos, como se lee en la guía de llegadas y salidas de trenes de la estación, pero yo estoy cierto que me bajaré antes. Me dirijo al andén mientras esquivo los cuerpos de revisores (en la mayoría mujeres, vestidas de uniforme azul, grisáceo) quienes cotejan los pasaportes y boletos de los militares, de modo de controlar el mal uso de descuentos que tienen las Fuerzas Armadas.

Frente al vagón número 8, que es el único de primera clase de los 13 que componen la caravana, siento que mi

pulso se acelera y no es para menos. Esta será mi última gran odisea, atravesar mi país de oeste a este, junto a mis camaradas, los últimos patriotas del imperio. Subo y entrego mi pasaje a una joven, la cual con frialdad y desdén de burócrata me mira, coloca el pasaje en un pequeño portafolio de cuero y me autoriza a pasar a mi compartimento con un brusco movimiento de cabeza. El compartimento, a diferencia de los de segunda clase, que tienen cuatro camas, a pesar de ser oscuro pero fresco, está adornado con dos camas. Las paredes están cubiertas con papel plástico color madera, la alfombra es una imitación oriental de color verde, con figuras doradas al igual que las cortinas de la ventana. Una pequeña mesa de centro, con una tetera de porcelana color granate con blanco (al igual que las tazas), lleva el nombre de Rossiya.

Me recosté un rato esperando el momento en que el tren se pusiera en movimiento, lo cual ocurrió a las 2:25 P.M. en punto. Sentado, pude apreciar cómo esa deprimente expansión de bloques de concreto que es Moscú, quedaba atrás. Pero mi preocupación no estaba en esa expansión descontrolada, sino en que no vi a ningún camarada subiendo al tren. Cuando retiré la vista de la ventana, Tatiana, me miraba sentada en la otra cama, sus ojos se clavaron en los míos como queriendo leerme el pensamiento.

—¿Cómo estás, Vladimir?

—Aquí me ves—le respondí, mientras no dejaba de mirarla a los ojos y pensar en sus intenciones.

—Tranquilízate, también leí el diario ayer—me dijo, mientras se levantaba y venía donde yo estaba.



Me incorporé y la abracé. Nunca la había abrazado así, ni a ella ni a nadie, era una mezcla de euforia, dolor y cariño. Creo que ella sintió lo mismo. Cuando nos separamos, ella me recriminó.

—Te estás poniendo viejo, Vladimir. Te dominan tus sentimientos.

—¿Te tomarías un té por los viejos tiempos?— le pregunté, mientras daba vuelta dos tazas de porcelana.

Estuvimos sentados sin cruzar palabra, solo bebiendo el té, unos 10 largos minutos. Creo que ambos hacíamos lo mismo; pensar en la persona que teníamos al frente. Para mí Tatiana era y será el agente femenino más completo que tuvimos, tanto en el Este como en el Oeste. A su belleza femenina, que aún no la abandona, se le agrega, según se dice, su capacidad de leer los pensamientos de la gente, y ser políglota por excelencia, lo que le permitió recorrer el mundo, ejecutando misiones de altísima complejidad.

El ruido del tren sobre el puente que cruza el río Volga, rompe el silencio de recuerdos de glorias, a la vez que por la ventana entra la luz dorada del atardecer; señal de que se tomó rumbo al Este, a los montes Urales.

—¿Sabes quién puso a la venta un cazo en esta época?— le pregunto a Tatiana sonriendo.

—Desconozco quién, es más, desconozco quiénes son los otros compradores— me respondió, quizás con la misma preocupación mía de conocer la calidad de los otros compradores, pues ambos teníamos nuestras propias sospechas sobre quién sería el vendedor.

El resto de la tarde hasta el anochecer, conversamos solo generalidades del acontecer mundial, sin profundizar

ni dar opiniones propias, ¿para qué?, ya no había nada que arreglar.

En la mañana del tercer día de viaje, llegamos a la estación de Krasnoyarsk. A Tatiana y a mí nos era muy familiar esta estación, pues da servicios a dos "ciudades secretas", que no aparecían (hasta eso cambió) en los planos de nuestra era soviética y que producen plutonio y electrónica militar. Me acerqué a la ventana con la precaución de no mostrar mi rostro y la intención de reconocer a alguien, pero solo pude apreciar en esa fría mañana, cómo simples pasajeros cruzaban las vías, debajo de una maraña de cables que conectan el tren con imponentes centrales hidroeléctricas.

—No hay vendedores a la vista— desilusionado le mencioné a Tatiana, quien se cepillaba su hermoso cabello rubio con la gracia que da la juventud eterna.

—¿Te debo recordar que siempre los vendedores eligen a sus compradores? —me reconvinó, quizás molesta por mi descontrolada ansiedad—. Es mejor que vayamos a tomar desayuno.

Recorrimos el largo pasillo donde se encuentran alineados los nueve compartimientos. Todos estaban desocupados, salvo el nuestro. Al llegar al vagón restaurante, algunos pasajeros tomaban desayuno sentados en los reservados de vinilo rojo, al igual que las mañanas anteriores. Me senté dando la espalda a la puerta por donde habíamos ingresado, y donde además, podía apreciar a la mayoría de la gente que se hallaba en el vagón. Se podría decir que es una deformación profesional, pero muchas veces me salvó la vida. Mientras leía la carta para pedir mi desayuno observé algunas

características de los ahí presentes, lo que me indujo a pensar que pronto se presentaría el vendedor; los pasajeros parecían estar muy frescos y relajados, como si hubiesen dormido largas horas. Era raro, pues desde que salimos de Moscú, hemos tenido cinco husos horarios, pero existía la posibilidad que fueran pasajeros nuevos, pero lo natural es que tomen desayuno en la estación que es mucho más barato. Esta teoría la fundamenté en relación con una pareja que vestía sencillamente y que consumía un desayuno del vagón, y es sabido por quienes viajan mucho en tren, que la gente pobre ingresa a los vagones con comida envasada y solo piden té.

Mientras tomaba mi café, Tatiana fumaba su cigarro. Pude ver cómo sus grandes ojos azules, que expresaban la mínima sorpresa, se quedaban mirando algo que estaba detrás de mí. Giré mi cabeza y pude apreciar en persona al vendedor con su ayudante, se trataba de Alexander y Sergei, respectivamente. Nos saludaron y se sentaron para tomar juntos el desayuno.

Estuvimos charlando hasta altas horas de la noche. Lo que conversamos, y ustedes me disculparán, es materia que solo a nosotros nos incumbe. No me corresponde a mí, ni a los que están sentados en esta mesa, dar nombres o justificar acciones, tampoco buscamos que nos perdonen como representantes de los perdedores, porque si bien la guerra fría se perdió, ganamos el honor de ser fieles a nuestros ideales y mostrar una convicción a los futuros jóvenes reclutas. Reconozco que no debo ser mezquino y a modo de alimentar la curiosidad que todos llevamos dentro, solo les daré algunos nombres reales, de quienes sí conversamos: Penkovski, Gordievski y Popov,

que fueron nuestros principales traidores. Ellos también los tuvieron, como Aldrich Ames, quien fuera el traidor que más daño provocó en la historia del espionaje norteamericano, el resto de nuestros topes es misión de ellos encontrarlos.

Estamos prontos a llegar a la estación de Irkutsk, y el reloj de los tiempos zaristas que cuelga de la pared del comedor, marca las tres de la madrugada, instante preciso en que el vendedor, con una copa de vodka en sus manos, comienza a cantar una canción rusa, seguido de todos los que estábamos ahí, incluidos los escoltas que han estado junto a nosotros desde el primer momento. Tomé la pistola que estaba sobre la mesa y solo canté la primera estrofa:

*"Nuestro servicio trae luz / Los nombres continúan en el secreto /  
Discretos son nuestros logros / Siempre en la mira del enemigo".*

Cuatro bultos fueron bajados en la estación de Irkutsk, transportados cerca del lago Baikal y enterrados junto a cuatro vainillas con el registro b4p13, en una fosa, de la cual se desconoce su paradero.

**El departamento**  
**Camila Leiva, Santiago, 1953**

Eran las 23.00 horas del primer domingo del mes, cuando Pedro "el Grande", como le decían, alzó su copa y con una cuchara que encontró botada en el suelo, pidió silencio para decir las últimas palabras de esa noche.

—¡Silencio! Ya pues, escúchenme. Digo dos cosas, me tomo el último trago y me voy.

—¡Güena, Pedro!— le contestó Julio—. Siempre dices lo mismo, y te mandai cada discurso, que hay que hacerte callar con un... — y mostrando su dedo, hizo el gesto que lo caracterizaba.

—Ahora es cierto, estoy muy cansado y creo que debemos irnos para que César pueda disfrutar su primera noche.

—Es verdad, estoy molido. Es mejor que no tomen más y se vayan. No tengo palabras para agradecerles.

—Palabras no, pero unas luquitas podría ser, ya que ando un poco corto de mazarí, digo yo...

—¿Cómo puedes decir eso, Julio? ¡Te acaban de ascender a gerente en tu empresa!

—Así es la vida. Además el aumento lo recibo a fin de mes, así que ponte pal taxi, mejor pal Uber...

César sacó su celular, marcó un número y solicitó el servicio para sus dos amigos. Mientras esperaban se tomaron lo poco que quedaba de trago y cuando les avisaron que abajo los esperaba un Chevrolet rojo, se despidieron de él, con un beso en la mejilla, cagados de la risa.

—Que disfrutes de tu primera noche, chico...

Los acompañó hasta el ascensor y regresó al departamento. Se conocían desde la secundaria y muchas veces se preguntaron cuál era la razón de su larga amistad, ya que a pesar de que rozaban los 35 años, los tres eran incondicionales unos con otros. Pedro decía que era porque aún estaban solteros, que al no haber mujeres, no había problemas. Salió a la terraza y desde ahí, los vio subir al auto.

—Gracias, amigos— dijo, y entrando al living, miró a su alrededor y se dejó caer en una especie de colchoneta que Pedro le había prestado.

Le parecía que había pasado una eternidad desde que tomó la decisión de comprar una propiedad. Ya llevaba varios años trabajando, y su mamá, que era viuda, pero que estaba emparejada, le lanzaba indirectas al respecto.

—Yo creo que para ti es más fácil conseguir una buena taza de interés, porque como trabajas en el banco... ahora dicen que dan hasta 20 años de plazo... y es mejor que compres algo, porque arrendar es como botar la plata...

Y hoy ya estaba por primera vez solo en su hogar, dulce hogar. César dio media vuelta y mirando la luz que entraba por la ventana, pensó: "Bien, ahora estás en la comuna más jaibona de Santiago, Las Condes. Se acabaron los gritos de los vecinos, las fiestas hasta las cuatro de la madrugada, las peleas y los alaridos de los cabros chicos y a veces no tan chicos. Ahora todo es orden y limpieza". Acto seguido se durmió.

Mientras dormía le pareció escuchar el canto de un gallo y pensó: "Debo estar soñando". Se volvió acomodar

y lo escuchó de nuevo. Se sentó de golpe: "No puede ser ¿Estoy oyendo el canto de un gallo?". Miró la hora, y de un salto se levantó. Eran las 6:00 de la mañana, tenía el tiempo justo para llegar a su oficina. Se bañó, vistió y cuando iba a salir, miró dentro de una caja, y encontró un jugo, que tomó por desayuno.

Su día transcurrió sin novedades y en la tarde, cuando regresó al departamento, se presentó con el conserje.

—Hola, soy César, el nuevo propietario del 302. Ayer en la tarde me cambié.

—Mucho gusto, soy Jaime y estoy acá para ayudarle en lo que sea necesario. Yo llevo 15 años en el edificio y los conozco a todos. Cualquier cosa me avisa. Permiso, me estaban llamando del 102. Bienvenido.

Y antes de que pudiera preguntarle algo, se fue.

Como pasaba gran parte del tiempo sentado en su trabajo, se felicitó por haber comprado en un tercer piso. "Así podré hacer algo de ejercicio", se dijo, y subió de dos en dos los peldaños. Entró a su departamento y al ver el desorden, cerró la puerta y fue a comer algo en la fuente de soda que estaba en la esquina. Se tomó dos cervezas, comió un chacarero, y volvió a su hogar, dulce hogar.

—Bueno, con un poco de paciencia iré ordenando, hoy una cosa y mañana otra. Total, no hay apuro y mi mama vendrá cuando yo le diga.

Empezó por colgar su ropa en el enorme closet de su dormitorio, guardó sus camisas, sus calcetines y su ropa interior en los cajones.

—Bien, César, por hoy es más que suficiente, ahora a la cama. Cresta, aún no está armada. Bueno, entonces será en la colchoneta de nuevo.

“Otra vez el canto del gallo, debo estar loco”, pensó. Se puso la almohada sobre la cabeza para no oírlo, pero fue inútil. A regañadientes miró la hora, y nuevamente, de un salto se levantó. Eran las 6: 00. El tiempo justo para llegar a su oficina.

Esa rutina se repitió por varios días. A las 6:00 lo escuchaba, se levantaba y se iba al trabajo. Lo malo fue que también lo oyó el fin de semana, y no pudo dormir hasta más tarde, como esperaba.

El lunes, cuando regresó, conversó un rato con don Jaime, y le preguntó acerca del vecino que tenía ese despertador tan curioso.

—¿Cuál será?

—El que tiene como sonido el canto de un gallo. No es que me moleste, pero es tan curioso. Y al parecer, se le olvidó desconectarlo el sábado y el domingo.

Don Jaime, después de escucharlo, se puso a reír de muy buena gana.

—Perdón, don César. Es que usted no sabe. El canto no es de un despertador, sino de un gallo de verdad.

—¿Cómo? ¿De verdad? ¿Con plumas y todo?

—Sí. Es de su vecina, del 102. Ella se llama Juana y el gallo Juanito. Su hijo Víctor, que era solterón, vivía en el sur. Un día que venía a Santiago a ver a su madre, sufrió un accidente y falleció. Le traía el gallo para que hiciera una rica cazuela, como las de antes. Al enterarse de la noticia la vecina casi se nos muere, estuvo muy mal. Entonces la señora Juanita le solicitó a la comunidad si podía quedarse con el gallo, ya que era lo único que le quedó de su hijo, y como tenía 85 años, el comité no se



pudo negar, y desde entonces, vive con nosotros, pero no molesta en nada. Ella limpia todo, por eso no hay moscas.

Le dio las gracias por la información, y subió al departamento. “Yo tampoco le podría pedir que lo elimine”. Y buscándole el lado positivo a la situación, se puso a ordenar lo que le faltaba. Contento con el resultado, saco una cerveza y salió a la terraza. Se asomó por el balcón y en el jardín vio a Juanito. Era un gallo de la pasión, muy colorido, y en ese momento, el ave miró hacia arriba. César le hizo el gesto de salud con la botella.

—Bueno, es mejor que seamos amigos. Y si sigues despertándome con tanta puntualidad, tal vez algún día te compre alimento especial.

Así transcurrió un tiempo. Cuando llegaba más temprano, se asomaba y miraba hacia abajo, y en algunas oportunidades los vio juntos. Ella lo acariciaba y le hablaba con tanta ternura, que parecía que le conversaba a su hijo.

Una mañana de otoño, se despertó desorientado y miró la hora.

—Mierda, son las 7. Voy a llegar atrasado, justo hoy, que tengo reunión con Tomás.

Por suerte para él, la reunión se postergó para la semana siguiente y el resto del día, transcurrió sin contratiempo.

Cuando entró al edificio, vio que salía gente del departamento de la señora Juanita. Le preguntó al conserje que pasaba.

—Anoche cuando llegó la nana de la señora Juanita, la encontró sentada en su sillón y al hablarle, se dio cuenta que había fallecido. Lo más triste fue después, cuando llegó el Juanito. Él se sentó en su falda, y, le picoteó las

manos, y como ella no respondía, se subió a su hombro y la miró por unos segundos. Se bajó y se quedó quieto en su regazo. Cuando la nana lo quiso sacar, él estaba muerto.

César quedó sin palabras. Les había tomado cariño y sintió que las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas. Entró al departamento y allí estaba el ataúd. Se acercó y los vio a ambos, juntos y ya en otra dimensión.

Cuando pidió permiso en el trabajo porque iba a un funeral, Tomás, su jefe, le preguntó quién había fallecido.

—Puede sonar raro, pero eran dos amigos muy especiales para mí.

Y dándole las gracias, salió rumbo al cementerio.

**Tailandia**  
**Azures, Santiago, 1958**

Cuando decidimos pasar nuestras vacaciones en Tailandia nos brillaron los ojos de malicia y felicidad. Estábamos viviendo juntos desde hace seis meses, pero habíamos sido *patas negras* un par de años. La había conocido en el trabajo; era joven, guapa, osada, divertida. ¡Qué más se puede pedir!

Nos mantuvimos unos años como amantes. Íbamos al Valdivia, un motel muy reputado, debemos haber recorrido casi todas sus habitaciones temáticas: carrusel, palacio moro, caracol, hindú, japonesa, disco, pop art y muchas más. Tuvimos tardes gloriosas allí, incluso alguna vez hablamos de tener sexo múltiple, pero lo reservamos para cuando estuviéramos lejos, donde nadie la reconociera o se le cayera el casete.

Los años aumentaron nuestro compromiso emocional y terminé separándome de mi señora oficial. Cuando la llamé para decirle que estaba libre y que nos podíamos ir a vivir juntos, la sentí dudosa al otro lado del teléfono. No me pareció tan segura del paso que yo quería que diéramos, a pesar de que los últimos meses me había tenido que aguantar varias escenas porque seguía siendo un hombre que vivía con otra mujer. Me había dicho cosas como: "Tú solo estás conmigo para pasarla bien", "No sé si puedo seguir soportando que vivas con otra", "Yo aquí trabajando y tú de vacaciones con ella", "No creo que me quieras como dices". Pero finalmente un día me decidí, hablé con mi esposa, le confesé que tenía una amante y que me iba de la casa.

—Lo sospechaba hace un rato. Hace mucho que lo nuestro pasó a ser una amistad y no una pasión o un matrimonio—me dijo.

—Lo siento de verdad, esta distancia que se fue instalando de a poco en nuestro dormitorio fue causa, no consecuencia de esta nueva relación; te quiero mucho, pero de una manera diferente— le contesté.

Y era cierto, ella me fascinaba, pero mi amor se había perdido y ahora vivía en otra mujer.

Me fui a vivir al centro, a un departamento frío y oscuro, con escasas comodidades, como habitualmente hacen los recién separados, como castigándose. Tenía un colchón en el suelo, una mesita y un par de sillas, nada más.

Después de una semana llegó ella, con un montón de cajas, copas, platos, colchas, y el lugar se transformó en un hogar de un momento a otro.

—Creías que no iba a llegar —me dijo burlona.

—Siempre supe que vendrías, pero me estaba impacientando —dije mintiendo, pues en realidad había dudado de ella.

—Me fue difícil dar este paso, creerte, dudé de si volverías con tu mujer en un par de semanas. ¡Por eso me demoré! No porque dudara de mi amor por ti. De lo que dudaba era de la resistencia de tu amor— me dijo como explicación.

Nos instalamos juntos, fue una luna de miel permanente, teníamos poco tiempo por su trabajo y el mío, pero el tiempo juntos era de pura pasión y felicidad.

—Quiero presentarte a mis padres— me dijo cuándo llevábamos un par de meses viviendo juntos. Son bien

formales y tú eres el prototipo de lo que no querían para mí—dijo sonriéndome maliciosamente.

Fuimos a cenar con ellos, a su casa, estaban sus dos hermanas menores además de sus padres.

—Mucho gusto caballero —fue la frase con que me recibió su madre, una vieja tiesa, gorda y escarmenada, sin esbozar una sonrisa.

—Bienvenido a la familia —me dijeron sonrientes sus hermanas, divertidas por la situación.

El padre me dio la mano formalmente, todavía se veía joven y pintoso. “De aquí viene la buena pinta, no de esta vieja”, pensé.

Cenamos, conversamos de esto y lo otro, no pude hacer contacto con los padres, aunque tampoco sentí antipatía explícita. De todas formas, sus hermanas me hicieron más fácil la cena, fabricaron la conversación.

Nos devolvimos temprano a nuestro departamento. En el taxi de vuelta me preguntó.

—¿Que te pareció mi papá?

Ella lo adoraba, lo había aprendido en nuestros años juntos, cuando hablaba de él le brillaban los ojos, el viejo había sido su protector, su cómplice con los permisos que la madre le restringía, ella era su regalona.

—Un viejo feo —le dije para molestarla, pero con una sonrisa.

—¡Mi papá no es feo! —se rio y me hizo cosquillas.

Nos fuimos a Tailandia de vacaciones cuando llevábamos alrededor de un año viviendo juntos. Para ver y tener sexo y playas, nos prometimos.

Llegando a Bangkok conectamos para ir a Phi Phi, una playa paradisíaca, con mar tibio, de aguas cristalinas y

color turquesa. Dormimos plácidamente después de cenar, tirar y conversar de hasta adonde habíamos llegado juntos, después de haber sido *patas negras*.

Al día siguiente pasamos muchas horas en la playa, ella al sol y yo debajo de un quitasol, leyendo un libro que había comprado en el aeropuerto donde hicimos escala.

—No eres muy bueno para el sol— me dijo sonriendo.

—Nunca lo he tolerado, pero estoy bien aquí a la sombra —y levantándome los lentes oscuros le guiñé un ojo.

—Como los viejitos —dijo divertida.

—Como lo que soy, pero después en la habitación sacaré los restos de mi juventud a relucir, esa 'juventud' que te cautivó —dije bebiendo una cerveza fría.

—¡Muéstramelo ya! —dijo y se paró corriendo para ir a la habitación.

En el camino fue dejando ropa: la salida de baño, el top de su bikini... terminó de desnudarse en nuestra cómoda habitación al borde de la playa, con una vista increíble que yo podía apreciar detrás de su silueta desnuda. Era el paraíso en el sudeste asiático, con una diosa en mi ventana, su pelo y mi arrobamiento me hicieron pensar en "El nacimiento de la primavera" de Botticelli, que había visto años atrás en la Galleria degli Uffizi, en Florencia. Hicimos el amor dulcemente, como pocas veces, sin el apuro de nuestros tiempos de amantes, ni el cansancio de nuestros primeros meses viviendo juntos y trabajando mucho. Descubrí de golpe que estaba perdidamente enamorado de esta mujer, y que así quería seguir mucho tiempo, envejecer con ella, si eso fuera

posible, si su juventud no decidía dejarme en el camino más adelante.

Me estaba durmiendo después del sexo y ella me besó dulcemente.

—Duerme un rato viejito, yo estaré en la playa un rato más y vuelvo pronto —dijo radiante.

Me dormí con ese típico sueño que tenemos los hombres después del sexo, profundo.

Lo próximo que recuerdo es la sensación de ahogo, el dolor de la sal en los ojos y en la garganta, los golpes contra las paredes, los vidrios de las ventanas estallando, la fuerza irresistible del agua arrastrándome a su antojo, tirándome de aquí para allá como a un muñeco. Traté de respirar desesperadamente, lográndolo a ratos, de manera intermitente. De pronto un golpe más fuerte y no recuerdo más.

Desperté en un hospital de campaña en la arena, atendido por una enfermera que no hablaba mi idioma... no supe de mi novia y volví a perder la conciencia. Cuando desperté nuevamente estaba en Bangkok en un gran hospital, con múltiples fracturas que habían sido operadas.

—Necesito saber de mi novia —susurré suplicante.

—No tenemos noticias de ella, ni de miles de personas, un tsunami arrasó las playas del país y los daños y pérdidas de vidas son enormes —me informó el cónsul unos días más tarde.

Pasé tres meses en ese hospital. Cuando me dieron de alta y pude caminar, volví a Phi Phi. No había nada en pie, solo escombros y destrucción. Recorrí los restos, con la íntima esperanza de encontrarla.

Tres meses después volví a Chile, solo, sin nada de ella, más que el recuerdo de su último beso antes de bajar a la playa.



**La cuarta es la vencida**  
**Tamara Hermosilla, Santiago, 1967**

No hay nada peor que un amor no correspondido. No, corrijo, no hay nada peor que haber tenido un amor correspondido y luego haberlo perdido. Y pensándolo bien, es peor aún cuando eso ha sucedido unas tres veces. Afortunadamente no ha sido mi caso, pero sí el de mi amigo J, a quien puedo considerar, sin lugar a dudas, la persona más desafortunada del mundo.

A J lo conocí en la universidad en una celebración dieciochera, y por supuesto, la primera vez que lo vi estaba cantando y guitarreando. ¡Qué sujeto más dicharachero y bromista! J fue el culpable de mi poco atractivo apodo universitario. Un día, minutos antes de una prueba de matemáticas, me preguntó por un cuaderno que me había prestado, y yo, angustiada por la prueba, le contesté con voz tan aguda, casi como si fuera un pito: desde ahí para adelante fui rebautizada como Flautita. Aparte de lo bueno que era para el carrete, estaba muy metido en la onda social y universitaria; de hecho fue delegado de su curso justo el año del paro contra Federici, uno de los rectores impuestos por Pinochet. Fue un paro eterno, tanto así, que nos quedamos sin vacaciones de verano pero logramos que fuera removido de su . ¡Qué mejor recompensa! Ese año fue muy duro para todos, ambos estábamos en segundo año, él de Agronomía, y yo, de Medicina Veterinaria. Durante el paro, J conoció a K, y a los pocos meses comenzaron a pololear; J estaba feliz, era popular, estaba lleno de amigos, de música, de carretes, y de algo de estudio, aunque él, un chico inteligente, se las apañaba

para pasar todos los ramos, y a la vez, sorprendentemente (ya que no asistía mucho a clases), para aprender algo. Un par de años después, J y K se casaron. Al año, aún ambos estudiando, tuvieron a una niña, la pequeña D, la que los llenó de felicidad; los tres juntos, emprendieron una nueva vida, ellos jugando al papá y la mamá.

Todo iba bien hasta el día fatídico en que la suerte de J se torció, y al parecer, definitivamente. Cuando J me lo contó dos años después, comenzó diciéndome: "después de que el segundo gato negro se cruzó en mi camino debí haber sabido que era una pésima idea levantarme aquel día", y luego se deshizo en lágrimas. Pobre J, iba cruzando la calle, en pleno centro, distraído, intentando decidir qué regalo sería mejor para su pequeña, cuyo cumpleaños número dos se aproximaba a pasos agigantados, cuando con un pie en la acera, y el otro en la luna, no vio el camión que se aproximaba y que le partió parte de la columna y el alma, de paso. Casi no sobrevivió para contarla, estuvo meses en el hospital J. Aguirre de donde salió en silla de ruedas. Luego vino la rehabilitación, agotadora y frustrante a la vez. Cuando J estaba logrando volver a caminar, K lo abandonó diciéndole: "D y yo nos vamos, el amor que te tenía se fue diluyendo entre las idas al hospital y todas las noches que pasé en vela cuidándote. Me cansé de ser tu bastón. Me olvidé de mí. Me postergué, pero otro hombro logró hacerme sentir viva otra vez, es mi turno de vivir". J la escuchó, y mientras ella tomaba una maleta del suelo, y con la otra mano sujetaba a la pequeña D, quién se resistía y lloraba, él pensaba que no podía ser cierto, que ella era el amor de su vida, y que no podía querer a otro hombre. ¿Cómo va a llevarse a mi chiquitita,

justo ahora que estoy mejor, y que he hecho lo imposible por mejorar?, pensó. Quiso decirle todo eso, pero las palabras se le atoraron en la garganta. A pesar del llanto de D, K se mantuvo firme, solo se detuvo un segundo y con la mano en el pomo de la puerta, giró su cabeza para decirle: "Mi hermano vendrá por el resto de nuestras cosas", hizo una pausa y finalmente se despidió diciéndole: "Cuídate". J vio finalmente cómo su pequeño corazoncito desaparecía tras la puerta, intentó correr hacia ella, pero su cuerpo, una vez más, no le obedeció. Impotente solo pudo llorar. Lo hizo por horas, hasta que agotado de sufrir se quedó dormido. Así lo encontró su madre al día siguiente, alertado por K, quien en un momento de flaqueza sintió algo de culpa y le avisó lo que había pasado. J estuvo tres días sin hablar, nuevamente tocó fondo, todo su avance locomotor se le había ido a las pailas, pues ahora, era su corazón el que se rehusaba a marchar al ritmo adecuado. Afortunadamente la familia de J, en particular su madre, eran personas de esfuerzo que no permitieron que se echara a morir. Sus padres lo sermoneaban frecuentemente. J se pasaba horas sentado bajo la sombra de su árbol de la infancia mientras su madre le decía: "Hijito, reacciona, ellas se fueron, aún puedes recuperarlas, pero aquí sentado, no lograrás nada." O cuando era el turno de su padre le decía: "Deja de sentir lástima por ti, hijo. Tienes un espíritu de fierro. Tú puedes salir adelante, venga, vamos a dar una vuelta". Con paciencia y mucho cariño, lograron que saliera adelante, que retomara sus estudios, terminara la carrera de contador auditor (a J siempre le gustó la estadística), y

además, que su débil y tembloroso caminar se hiciera más fuerte y seguro con el paso del tiempo.

Así pasaron los meses, y una mañana, J despertó sintiéndose casi bien; comprendió que su alma estaba remendada, luciendo un enorme parche de color verde (el de la esperanza) en su centro, "esta es una segunda oportunidad que no debo desaprovechar", pensó. Decidido, se levantó y emprendió ese día luciendo una sonrisa, no una radiante como la de sus años de mocedad, pero si una que contagiaba algo de simpatía. Ya habían pasado cinco años desde su fatal accidente con el camión, corría la mitad de la década del 90 y J llevaba un año trabajando como diseñador de páginas web (como muchos chilenos, no consiguió trabajo en su área). Un trabajo insulso para él, pero que desde esa mañana, se le hizo más llevadero. Además, retomó en parte su vida social, y hasta se dio el lujo de asistir a unos carretes. Sin embargo no fue en ese ambiente donde encontró al segundo amor de su vida, sino en una de las reuniones de un grupo de apoyo, ubicado en la calle Condell, a las que asistía para compartir sus problemas con personas que habían sufrido situaciones traumáticas como las suyas. J seguía asistiendo a esas reuniones, en un principio porque su madre lo obligó a ir, y luego, porque se dio cuenta que había personas que tenían historias mucho peores que las suyas. J me contó en una ocasión que había una chica, L era su nombre, quien había sido víctima de violaciones sistemáticas desde que tenía 7 años por su padrastro; le costaba mucho abrirse, siempre decía cosas como: "Hoy no quería ducharme, ¿para qué ducharme si ya estoy sucia? Por más que me bañe no podré sacarme su olor, ni

la sensación de sus manos en mi piel". Una vez que estaba más deprimida de lo que solía estar, los había sorprendido diciendo: "Hoy pensé en sacarme los ojos". Todos se habían quedado en silencio hasta que el monitor se atrevió a preguntarle: "¿Por qué quieres hacer eso, querida?". "Si me los saco no veré como mi mamá vuelve la cabeza para evitar mirarme cuando él me aplasta contra la pared del pasillo, me levanta la falda y luego me manosea", terminó diciendo casi sin aire. B se había levantado para abrazarla, uno a uno todos comenzaron a llorar, había sido una catarsis colectiva. Escuchar esta clase de testimonios le permitía a J mantener la perspectiva y le recordaba que él, como buen hijo de su madre, debía estar agradecido de lo que aún tenía y que debía seguir adelante. Ya lo decía la canción de Queen, que Freddy Mercury interpretaba magistral y desgarradoramente a la vez, *The show must go on*.

En una de esas reuniones J conoció a S, una rubia y pequeña mujer, frágil como el más fino adorno de navidad, pero cuya voz era tan hermosa que J, al escucharla por primera vez, se quedó sin aire, a la vez que sentía un clic en su interior, signo inequívoco de que su corazón comenzaba a palpitar a un ritmo normal y saludable, como hace años no lo hacía. Mientras la escuchaba, se dio cuenta que S era uno de aquellos seres de naturaleza delicada, pero que, acostumbrados desde que vienen al mundo a sufrir reveses, revisten su frágil apariencia con una coraza invisible, un increíble y poderoso mecanismo de defensa. Al final de la sesión, J se acercó a decirle: "¿Qué te trajo a esta reunión, si no es impertinencia preguntártelo?". S le había contestado: "Soy

una persona que está viva gracias a los cuidados amorosos de mi madre, pero también hay un ángel guardián que me cuida". Sonrió, mientras hacía una pausa: "Mi vida ha sido un continuo entre entradas y salidas de hospitales. Nací prematuramente, y para colmo, durante el parto mi madre tuvo una drástica subida de presión, lo que me provocó una serie de problemas en el corazón y pulmón, además de una sordera incipiente. ¡He tenido una vida de mierda! Me paso tomando remedios, pero eso no evita que de cuando en cuando sufra una crisis, y vuelta otra vez al hospital. Ya he perdido la cuenta de cuantas veces he estado hospitalizada, y en varias de ellas me he salvado milagrosamente de morir. Así que vivo la vida como si caminara sobre algodones, y creo que la mejor medicina es reírse", le había dicho, cerrando el ojo derecho.

J la había mirado embelesado, pensando que era una criatura adorable con la que quería seguir conversando horas, tenía un increíble sentido del humor, chispeante y refrescante como había comprobado durante la reunión. En un momento tenso, S había hecho gala de una gran capacidad de improvisación. R acababa de terminar su nuevo testimonio que los dejó a todos muy impresionados, ya que por fin había logrado visitar (después de muchos intentos en los cuales solo llegaba ya sea a la esquina, o a la reja, incluso una vez había tocado el timbre y luego había salido corriendo) a la familia de la pequeña que había matado accidentalmente. Era un martes otoñal, más helado que lo usual, así que R había prendido el motor para que la calefacción del auto funcionara rápido, mientras tanto había entrado a buscar el sanguchito que su esposa le preparaba todos los días.

Un par de minutos después, se subió al auto, que ya estaba más temperado, se frotó las manos, contento, y comenzó a salir del garaje, lentamente. A la distancia vio a una niña que iba con su madre y una amiga de ésta, las mujeres hablaban animadamente, mientras la niña correteaba delante de ellas. De pronto R se sobresaltó, un bocinazo de su vecino saludándolo, lo pilló desprevenido, sonrió y agitó la mano a guisa de saludo. Siguió retrocediendo sin darse cuenta que la pequeña, al ver a un perrito que salía de la casa contigua, había corrido directamente hacia él: la madre tampoco se dio cuenta, pues su amiga le estaba contando lo frustrante e hilarante que había sido su cita la noche anterior con un nuevo pretendiente. Se estaban riendo a carcajadas, y solo reaccionaron cuando sintieron el ruido del golpe y un grito; la pequeña murió inmediatamente. Fue una real tragedia que hundió a R, su familia estaba impotente, y habían terminado por abandonarlo después de internarlo en una clínica psiquiátrica del barrio alto. Salió unos meses después, decidido a corregir su error, la pérdida de su familia le parecía un castigo justo para lo que había hecho. Por mucho que sus compañeros le dijeran que había sido un accidente y que merecía ser feliz como cualquier persona, R negaba con la cabeza y decía: "Todo se paga, tarde o temprano". Ese día en cuestión, R había llegado más mustio que nunca, no quería hablar pero a la tercera invitación del monitor, había accedido. Estuvo callado un par de minutos, todos lo miraban expectantes, el silencio era tal que habría podido escucharse la caída de un alfiler sobre el piso. Finalmente comenzó a hablar con bastante dificultad: "Esta mañana al despertar...decidí que hoy sería

el día... casi no trabajé pensando en lo que les diría, escribí varios discursos que fueron a dar al tacho de la basura... al final decidí que diría lo que me naciera... así que a las 6 de la tarde salí de mi oficina, el tráfico por Santa Isabel estaba horroroso (su voz sonó más angustiada esta vez), así que tomé un desvío por Infante, hasta que por fin llegué a República de Israel (era la nueva dirección de la familia que R se había conseguido gracias al trabajo de un detective particular que había contratado), me estacioné a unas cuadras de la casa (una pausa muy corta) caminé lento primero, pero a medida que me acercaba, el corazón empezó a martillarme en el pecho y empecé a acelerar el paso (dijo atropelladamente, e hizo una pausa para tragar saliva). Los últimos metros los corrí, me detuve, jadeando y llorando (ahora también lloraba). Quise irme, pero no pude, estuve ahí petrificado, no sé por cuánto tiempo (se sorbió la nariz). Solo sé que de pronto una voz me dijo: "¿Qué hace usted aquí?" (un nuevo ataque de llanto). Salí de mi ensimismamiento, y me di cuenta de que estaba en frente del padre de la niña que me miraba con una mezcla de extrañeza y rabia a la vez (recibió un pañuelo que alguien le extendió, y se sonó), intenté decir algo, pero no pude, mi cerebro estaba muerto, solo sentía un dolor inmenso por la pérdida, la suya, la mía, la de todos (miró a su alrededor para ver si era entendido, y cada uno de los asistentes fue asintiendo a medida que R le dirigía la mirada). Entonces el padre habló: "Usted no tiene nada que hacer aquí, váyase y no vuelva nunca más, ¿me entiende?". Asentí "¿Qué más podía hacer?", dijo R, y la verdad es que al ver la tristeza que había en el fondo de sus ojos de padre, por debajo de toda esa rabia acumulada



comprendí que no importaba lo que yo pudiera decirle, nada de eso le devolvería a su pequeña, simplemente ya estaba muerta". R dejó de hablar, miró sin mirar, y luego bajó la cabeza. Nadie podía ni quería hablar, el monitor se acercó a R, le tomó las manos, y le susurró algo al oído, R asintió con la cabeza, y aceptó un pedazo de chocolate, pero el silencio y la incómoda angustia continuaban. En ese momento S, pregunta: "¿Alguien sabe qué dice Kung-Fu cuando tiene una duda?". Todos dieron vuelta la cara, incluso R, hacia la valiente que se había atrevido a entibiar el ambiente. Algunos sonrieron, otros negaron con la cabeza, pero nadie habló. S continuó: "¿Nadie sabe? Pues bien. Estoy Kung-fundido". Era una broma estúpida, pero tuvo la magia de liberar la tensión y provocó risas estrambóticas, tanto así que algunos terminaron llorando. Luego de unos minutos, la reunión continuó con un nuevo testimonio. J me dijo: "Flautita, no sabes lo que fueron esos minutos para mí, cuándo la escuché bromear con tanta naturalidad después de la terrible historia de R, me dije esta mujer tiene magia, tiene fuerza, tiene risa, quiero estar con ella el resto de mi vida. Esperé, lo más paciente que pude, y apenas terminó la sesión me levanté a hablar con ella, y así fue como me contó su historia". J estaba feliz, me dijo que estuvieron hablando unos quince minutos y como ya se hacía tarde, decidieron juntarse al día siguiente a tomar un café para continuar la conversación.

Así nació una hermosa amistad, que luego se convirtió en romance. Ella era extremadamente cuidadosa en todo lo que hacía, se sabía débil y aunque su vida era poco estimulante, tenía planificado vivir hasta los 102 años como la reina madre de Inglaterra (S adoraba la realeza).

En esa etapa de mi vida, cuando estaba esperando a mi primer hijo, volví a conectarme con J, quien me llamó para contarme sobre su nueva pareja, y unos meses después, llegó de sorpresa en compañía de ella, para celebrar mis 31. Efectivamente S parecía una muñeca de porcelana, pero no vi en ella la calidez que J me había mencionado, aunque me cuidé de expresarle mis pensamientos a mi amigo, después de todo, solo hablé unas palabras con ella, y además, ambos se veían felices a pesar de todos sus problemas. Un par de años después, decidieron arriesgarse a tener un hijo, más bien ella quiso correr el riesgo pues él estaba aterrado de perderla, no creía que su buena estrella durara tanto tiempo. Sin embargo, al verla tan decidida, no le quedó otra opción que cerrar los ojos y participar en la búsqueda del retoño dorado, el cual nació un año y medio después. Esa fue una experiencia increíble para J, me dijo: "Te juro, Flautita, que en el momento del parto, cuando vi aparecer la cabeza de mi hijo, me sentí lleno de felicidad y de alivio, así que tuve que prometerle a cada santo una vela y a san Judas, tú sabes, el patrón de las causas imposibles, un velón". Me reí de buena gana, y lo abracé, deseando que ese niño, bautizado como A, como buen hijo de colocolino, llegara con una marraqueta bajo el brazo, y con mucha estabilidad y buena salud para sus padres.

El pequeño A, desde muy chiquito, mostró un gran apego a su padre, cosa que al pasar el tiempo comenzó a molestar profundamente a S; ella no podía entender que, habiendo sido ella quien lo había llevado en su panza por nueve meses, que lo había dado a luz, y amamantado, sin mencionar el riesgo con que había amenazado su propia

vida, ella, su madre, no fuera la preferida. Por más añuñucos, y juegos que inventara para A, que el niño realmente disfrutaba, para S, él manifestaba indiferencia y aburrimiento. Desafortunadamente ella no pensaba en el sufrimiento constante de J, quien había intentado infructuosamente contactar a su ex mujer para ver a la pequeña D, pero K se lo había negado una y otra vez. A raíz de esto, J se había aferrado a su nuevo hijo, prometiéndose que nunca lo perdería.

A medida que pasaban los meses, esta sensación de rabia e impotencia, finalmente se tradujo en envidia y molestia hacia J, quien no percibía nada pues cada vez se sentía más feliz con ambos, los amaba intensamente, y creía que por fin su mala suerte lo había abandonado. Por su parte, S interpretaba su conducta como triunfante, según ella, él se vanagloriara de ser el preferido de su hijo, así que comenzó a odiarlo, y desde entonces comenzó a "olvidar" el retiro de sus trajes del lavaseco, a quemar sus camisas favoritas, a dejarlo sin cena, y hasta a regalar parte de su colección de vinilos, lo que a J le partió el alma. Este hecho definitivamente le hizo cuestionarse si la relación entre ellos estaba bien, así que comenzó a observar a su mujer y a estar más pendiente de lo que ella hacía; a las pocas semanas descubrió la verdad, horrorizado, ya no había rastros de la dulzura y el buen humor que la había caracterizado: "Ella me odia", se dijo, y lo peor es que percibió que su odio estaba comenzando a traspasarse a su hijo. Un día dejó al pequeño olvidado en el jardín, de donde lo recogió J a las 6 de la tarde. A esas alturas el pequeño ya no lloraba, estaba lánguido, y se aferró a su padre pidiéndole que no lo llevara a casa y que fueran a

visitar a la abuelita. J sorprendido, le prometió que lo harían el fin de semana, pero que ahora debían ir a casa. El pequeño A, resignado, se durmió en el camino, así que J, al llegar, lo llevó directamente a su cama. S estaba sentada en el living, viendo las noticias, J se acercó a ella, y de la forma más tranquila posible le dijo: "Querida, ¿tuviste algún problema hoy?". "Pues claro", le contestó ella, a su vez, impertérrita: "Tuve una emergencia, una amiga necesitaba ayuda así que fui a su casa, me cansé de llamarte al celular. No me respondiste ni llamaste de vuelta, pero supuse que te llamarían del jardín para que fueras a buscar a nuestro Bombito", así le decía ella a su hijo. J no entendía nada, no tenía llamadas perdidas de su mujer, era la primera vez que ella había tenido problemas para contactarlo. Encendió su celular, y le mostró a S el registro de llamadas de su celular en donde no tenía ninguna de las que ella decía haberle hecho. En ese momento fue que todo pasó de castaño a un oscuro, más bien negro, pues S, levantándose de un salto del sillón, y mirándolo con odio, con un profundo e intenso odio, le gritó: "Borraste mis llamadas, quieres hacerme creer que estoy loca para quitarme a mi hijo". Entonces comenzó a llorar histéricamente y continuó diciendo: "¿Por qué me odias tanto?, me robaste el cariño de Bombito, eres un monstruo, no quiero verte más, nos haces daño, eres malvado". J no podía creer lo que ella decía, intentó acercarse, abrazarla, pero estaba petrificado. S por su parte, una vez más malinterpretó lo que a él le sucedía, y creyendo que estaba ganando tiempo para preparar su jugada, salió corriendo a la calle, gritando que su marido quería matarla, y que alguien la ayudara. J seguía

pasmado, un dolor le subía del corazón a la cabeza, amenazando con explotar por alguna de las dos partes, trataba de respirar, pero el dolor se intensificaba, sintió que se desvanecía, pero de pronto, escuchó a su hijo llorar, llamándolo a gritos: "Papito, papito, ¿dónde estás?". Esta vez su cuerpo lo obedeció, corrió a buscarlo, pero S lo tenía en sus brazos, casi asfixiándolo, mientras gritaba: "Tu padre ya no nos va a hacer más daño, Bombito. No lo veremos más, ese será su castigo". J trató de acercarse a su pequeño, pero a estas alturas todo el vecindario estaba en la calle y un par de hombres, con quienes solía encontrarse y chocotear los sábados en la feria, lo agarraron de los brazos, y lo miraron con odio, como si no lo reconocieran. El ya no se resistió. Bajó la cabeza, y comenzó a llorar hasta que llegaron los carabineros y se lo llevaron, a pesar de que A lo llamaba y seguía llorando.

J pasó la noche encerrado en un calabozo. Dos días después lo citaron a una audiencia en donde le fue prohibido acercarse tanto a la madre como al hijo. Por más que J lloró rogando que le permitieran ver a su hijo al menos una vez al mes, el juez no se ablandó, mientras S lo miraba triunfante. En ese momento, J sintió que su corazón nuevamente se rompía, que el parche del remiendo se hacía pebre en su interior y que la esperanza se le iba una vez más a la chuña. Sintió un dolor enorme seguido de una sensación desconocida. Desconcertado, salió del tribunal, caminó en dirección a la estación, y tomó un bus a cualquier lado; durante el trayecto no durmió nada, solo dedicó el tiempo a repasar cada gesto, cada mirada de ella, y cuando el bus llegó a su destino, comprendió que esta nueva sensación era odio, sí, odiaba

a S, con toda su alma y mente, la odiaba no sólo por apartarlo de su hijo, sino también por matar el inmenso amor que había sentido por ella... "nunca más volveré a amar", se dijo mientras se secaba las últimas lágrimas, "no volveré a llorar por una mujer, desde ahora en adelante no existirán las mujeres para mí, solo mis hijos". Acto seguido, compró un pasaje de vuelta a Santiago desde Ovalle, a donde llegó a medianoche. Sus padres, quienes estaban tremendamente amargados por lo sucedido y angustiados por no saber su paradero, lo recibieron, aliviados: "¿Hijo, por qué no nos llamaste? No tenías que pasar por todo esto solo. Tú sabes que te habríamos ido a buscar al otro lado del mundo", le dijo su madre, abrazándolo. J se dejó abrazar, pero fue imposible sacarle una sonrisa. Ante eso su madre fue a la cocina, y le preparó unos huevos con queso y jamón, sus preferidos para ver si eso lo animaba. Mientras tanto su padre había descorchado una botella de uno de los vinos que preparaba su hermano en su parcelita, cerca de Cauquenes. J los miraba agradecido, y con ternura, sabía que siempre podría contar con ellos. Sonrió al ver los huevos hechos por su madre, comió un poco, y también aceptó una copa del vino hecho por su tío, animado por tanto regaloneo decidió comentarles su plan.

"Lamento mucho no haberlos llamado y haberlos preocupado, pero todo lo que ha pasado ha sido en gran parte culpa mía. Necesité de este tiempo, a solas, para darme cuenta de todo lo que no vi, y de lo tonto que fui, el único perjudicado ha sido Bombito. Por segunda vez he perdido a un hijo creyendo que todo iba bien con sus madres", tomó un sorbo de vino, y continuó. "es por eso

que me atrevo una vez más a pedirles ayuda, necesito recuperar a mis hijos, pero para eso necesito ayuda legal, y no estoy en condiciones de pagarla. Si ustedes me apañan les prometo que trabajaré con ahínco para devolverles el dinero lo antes posible, y además, podrán recuperar a sus nietos". J los miró esperanzados, sus padres, se miraron unos segundos y luego asintieron. "Jotita, sabes que adoramos a nuestros nietos, y tú has sido siempre un buen hijo y un buen padre, por supuesto que te ayudaremos, ya veremos más adelante lo de la plata". J los abrazó, llorando; celebraron la decisión y el acuerdo tomándose toda la botella de vino, y haciéndole los honores a los huevos con una buena marraqueta. Al día siguiente, J consiguió un buen abogado, quien lo ayudó a conseguir visitas mensuales tanto para ver a su hija como a su hijo. Eso le alivió en algo el alma, pero el odio, seguía vivo, dentro, carcomiéndolo. Para evitar problemas, una vez al mes, su madre iba a buscar al pequeño a la casa de su ex nuera, y después lo llevaba a su propia casa donde su padre lo esperaba, pero muchas veces S inventaba las más extravagantes y odiosas excusas para impedirlo, haciendo que J le pagara al abogado para resolver el problema. Sin embargo, con el pasar de los años, su táctica dejó de ser útil pues el pequeño dejó de ser tan pequeño y en una ocasión se arrancó por la ventana del baño y corrió gritando que su madre lo tenía encerrado impidiéndole ver a su padre. Este bochornoso incidente hizo que S se cuidara de inventar nuevas excusas en el futuro.

Yo estuve viviendo algunos años fuera de Santiago, había quedado nuevamente embarazada, esta vez fue una

na, y no me enteré de que la vida de J había vuelto a ponerse tortuosa, hasta que nos juntamos en un café unos años después. Yo llegué primero, y me senté a esperarlo mientras leía un libro de Murakami que me había prestado mi amiga D, ella me conocía bien, y sabía que en particular, un personaje de ese libro, obviamente relacionado con un gato, iba a gustarme. De hecho, me estaba riendo con dicho personaje cuando sentí que una moto se acercaba. Mi amigo me había dicho que se desplazaba en ese medio de transporte, así que levanté la vista en dirección al ruido. Intenté ocultar la sorpresa que sentí: J caminaba con mucha más dificultad que antes, y había subido mucho de peso, además, la tristeza que reflejaba su rostro lo hacían parecer mucho mayor que yo, sin embargo, al verme sonrió, eso me alivió sobremanera. *Show must go on*, Flautita, me dijo, una vez que terminó de ponerme al día y de que yo le preguntara: "Amigo, no sé ni que decirte, no haber estado cerca para ayudarte ¿cómo estás sobrellevando todo?". "Ahí voy, dándole" me dijo.

Pobre J, la vida nuevamente le estaba jugando otra de sus jugarretas, ahora era un tumor en plena médula que le estaba quitando la movilidad; la solución, operarse, pagar un dinero que no tenía y con el riesgo de quedarse no solo sin caminar, sino inmóvil, de todas sus extremidades... "Esto parece una teleserie venezolana", pensé para mí. "Si no te operas, ¿por cuánto tiempo más podrás caminar?". "El doc no lo tiene claro, pero el margen es entre seis meses y tres años". Se me hizo un nudo en la garganta, por lo que podía distinguir, J estaba muy solo. Efectivamente había retomado el contacto con sus hijos, pero su hija mayor era una desconocida para él, y A aún



era un niño, sus padres (los abuelos de A) estaban ya muy cansados, y él había vuelto a convertirse en una ostra, ya no veía a sus amigos, evitaba cualquier actividad social que implicara conocer gente, y también había abandonado sus reuniones. Vivía en la periferia de la ciudad, en donde los arriendos eran más baratos pues gran parte de su sueldo se lo transfería a la loca de su segunda mujer. Vivía solo, o más bien, acompañado de tres perros, dos gatos, un conejo, y una jaula de caturras hermosas. No fue fácil que me viera, mi estrategia fue contactarlo por el chat de Facebook, le hice recordar los tiempos del coro, las presentaciones, los chascarros, y a los viejos amigos. Finalmente la nostalgia fue más fuerte y aceptó verme. Comenzamos a reunirnos cada uno o dos meses, y en uno de esos encuentros, al cual él llegó antes, lo noté algo desconcentrado, "¿Pasó algo?", pregunté curiosa. "Uhm", me dijo, "sí, conocí a alguien". "¿En serio?", le pregunté. "¿Pero cómo sucedió eso?", se me salió de la boca, (me insulté, pero estaba sinceramente extrañada). Me miró, y me dijo, "¿tan poco atractivo te resulto, Flautita?". Me reí y le dije, "atractivo te sobra querido, pero eres inaccesible. ¿Qué tuvo que hacer esa mujer para llamar tu atención?" Se rio y me dijo: "Solo atropellarme y hacerme volar por los aires para luego aterrizar estrepitosamente en el suelo, milagrosamente, sin que me sucediera nada. Luego, ella, según me dijeron, se bajó de su auto pálida y corrió hacia mí, mientras decía, "por favor, que no esté muerto, Señor, no permitas que se muera, te lo ruego, Señor". Varios curiosos me habían rodeado, sentía un enjambre de abejas a mí alrededor, pero, de a poco el dolor que sentía se volvió tolerable, y pude decir

que estaba bien. F, me enteré que así se llamaba, aliviada, me pidió mil disculpas e insistió en llevarme a un hospital. Finalmente, accedí pues ya me sentía culpable, y me dejé llevar a uno de la zona, en donde me hicieron muchos exámenes y de paso, por precaución, me dejaron hospitalizado”.

“Uf, amigo, qué alivio y que increíble que no te haya pasado nada”. “Bueno”, me dijo, nuevamente sonriendo, “tanto como nada de nada, no” “¿Cómo? ¿Qué te pasó?” pregunté ávidamente. Mi amigo sonrió enigmáticamente, acto seguido se levantó de su silla, caminó hacia el mostrador y volvió con un par de servilletas. Yo, lo miraba, pasmada, J caminaba ahora perfectamente. “No puedo creerlo” le dije, “¿aprovecharon de operarte mientras dormías o qué?” “Nada de operación”, me dijo, “los dos chancacazos que recibí obraron milagros, dos semanas después, comencé a caminar mejor. Mi médico aún no puede explicarme que fue lo que me mejoró, pero me da lo mismo, yo recuperaré mi movilidad, y ante tal mejoría, lo menos que podía hacer era invitar a F a tomar un trago, una cosa llevó a la otra y yo recuperaré mi fe en las mujeres”, me dijo sonriendo y tomando un trago de borgoña. Guau, me dije, la vida sí que da vueltas, aún hay patria para J. Me sentí tan feliz por mi amigo, desee de corazón que esta vez si fuera la vencida, que su buena estrella no lo abandonara y que fuera feliz, se lo merecía.

Le perdí el rastro por un tiempo, a veces le preguntaba por el chat cómo andaban las cosas y me decía, “todo bien por acá, Flautita”. Unos meses después me llamó y me pidió que nos juntáramos en el mismo café de siempre, su voz no sonaba bien. Me dijo que estaba

agotado, que no dormía bien hace semanas. Nos juntamos esa tarde; efectivamente J estaba agotado, más bien, derrotado, pensé. Pregunté qué le pasaba, no contestó, sorbió un trago de su coca cola, y luego me miró. Dios santo, pensé, ahora qué pasó ¿otro tumor? El pareció leer mi mente y me dijo, "sí, es un tumor, pero no es mío. F tiene un cáncer terminal con compromiso de varios órganos, tiene semanas de vida". Me quedé sin habla, solo pude levantarme y abrazarlo, sentí como comenzaba a llorar mientras entrecortadamente me decía: "Flautita, estoy maldito, todo lo echo a perder, la sentencí a muerte". Intenté decirle que eso era ridículo, que él era uno de los mejores hombres que había conocido, pero no pude, yo también lloraba, mientras pensaba, no es justo, no es posible, qué mal puede mi amigo haber hecho para que sea castigado de esta forma. Seguimos llorando, por un buen rato. Luego, más calmada, me senté, y le sonreí tristemente. Él tomó otro sorbo de coca cola y me dijo: "Necesito pedirte un favor", "claro", contesté de inmediato, "F está embarazada, y el bebé ya tiene ocho meses, mañana le harán una cesárea, esto podría acelerar su muerte pero es la mejor opción para el bebé". "Oh, ¿quieres que te acompañe?", musité apenas. "No", me dijo, "quiero estar solo con ella cuándo suceda, pero necesito que si mañana F me deja, me ayudes a salir adelante y a ser un padre para mi hijo". Sentí que me iba a poner a llorar, pero para evitarlo, lo tomé de la mano, le arreglé el cuello de la camisa, y le dije: "Pero claro, para que están los amigos".

Al día siguiente pasé con el alma en vilo, hasta que recibí su llamada: F ya no estaba en este mundo, y T había

pesado 3.1 Kg, había nacido sana, y reclamaba su primera papa a grito pelado. Salí corriendo a la clínica a conocer a mi ahijada, me habían nombrado madrina. J estaba triste, pero esta vez, no estaba solo, su pequeña estaba con él, el show seguiría pero junto a ella, la vería crecer, le enseñaría a leer, a tocar guitarra, disfrutarían juntos los partidos del Colo, y mil cosas más. Que la suerte lo agrediera como quisiera, a su hija nadie se la arrebataría, me dijo, con una vehemencia inusitada en él, y yo le creí.

Desde ese día, nos juntábamos todos los fines de semana, en patota, yo con mis hijos C y A, él con su pequeña T, y a veces Bombito; entre todos decidíamos que hacer ese día, parecíamos una gran familia, algo disfuncional pero alegre. El padre de mis hijos se había marchado dejándome un amargo y rabioso recuerdo; mejor estar sola que mal acompañada les decía fieramente a mis amigas, pero ellas se cerraban el ojo cuando me preguntaban por J. A propósito de mi amigo, me costó muchos fines de semana empezar a verlo como una pareja, hasta una tarde en el Buin Zoo, en que estando cerca de la jaula de los pingüinos, vimos una pareja que acariciaba a un pingüino chiquito. Estaba tan conmovida que me costó darme un buen rato cuenta que había tomado a J de la mano, y que él me miraba sonriente, ante mi vergüenza y desconcierto me dijo riendo: "¿Así que definitivamente algo de atractivo tengo, no?" Lo miré de arriba abajo, luego con mi mano le di unos golpecitos en su incipiente barriga, y le dije: "uhm, parece que estamos comiendo mucho pancito, habrá que hacer algunas modificaciones a la dieta". "¿Ah, sí? Me gustaría verte intentarlo", contestó audazmente; no pude contestar los

chicos venían corriendo hacia nosotros como un enjambre de abejas hacia un campo de flores no explorado, habían visto al panda rojo y querían llevárselo a la casa, no fue fácil hacerlos cambiar de opinión.

Días después nos juntamos los dos, en nuestro café, hicimos un pacto para no forzar las cosas, el tiempo diría si su suerte mejoraba conmigo o se nos torcía a ambos. Mientras tanto, él vendió su moto, y se compró un auto grande en el cual cabíamos todos. Por bromear le regalé una pata de conejo que cuelga orgullosamente del espejo retrovisor de su auto, sin embargo, cuando caminamos, J se las arregla para pisar todos los mojones de perro que se le aparecen. A la mierda la mala suerte.

**Rapaz**

**Paula Elgueta Pérez, Valparaíso, 1986**

Un rayo de luz entra por las persianas, pasa entre medio del espacio de una que está doblada, justamente la que más utiliza a la hora de ver lo que está pasando afuera. La luminosidad que penetra por la abertura es cada vez más intensa y logra su cometido: hacer que él se despierte. Intenta protegerse del sol con la mano y al no tener éxito se decide a salir de la cama.

Mientras lo hace, golpea su codo con el velador sin querer y siente una electricidad subiendo por su brazo. Va hasta el comedor y ve a su mamá desgranando porotos.

—¡Chi! Buenas noches.

—Hola, mamá, ¿cómo está?

—Bien, hijo, ¿y usted?

—Yo bien, pero me pegué recién con el velador, más lo que me duele el codo.

—¡No hijo, no se sobe! ¿No ve que es buena suerte?

—¿Buena suerte?

—Sí, pues. O creo que significa que le va a llegar un regalo, o no sé. Ojalá sea una polola, si po. Ya se está quedando solterón, le queda poquito para cumplir los cuarenta.

—¡Ay, mamá! Ya le dije ya, para mí no existe todavía la mujer que sea una nuera digna de usted.

—Ya, hágame la pata no más. Oiga, después de desayunar, ¿por qué no va donde la señora Mireya? Que me tiene unas costuritas.

—Bueno...como algo y voy.

—Gracias mijito, ojalá fuera tan obediente pa' buscarse una mujer también.

—¡Mamá!

Sale de la casa y al abrir la reja su zapato se hunde en una plasta de mierda, pero recuerda las palabras de su mamá y piensa: "seguro esto también es de buena suerte". Tiene la certeza de haber escuchado que pisar mierda significa que recibirá dinero. Se siente afortunado, no queda de otra.

—¡Doña Mireyaaaaa!

Una viejita se asoma por una cortina floreada.

—¡Voy al tiro!

Él espera mientras ve a los niños jugando en la calle, todo es tan simple para ellos.

—Hola, mijito, lo mandó su mamita supongo. Pase, pase.

—Sí, me dijo algo de unas costuras que le tenía.

—Sí, mire, aquí están. Las necesito para el viernes.

—Ya, yo le digo.

—¿Almorzó usted?

—No todavía, es que hoy me levanté tarde.

—Pero no se me va a ir sin comer, hice una cazuelita de pollo para chuparse los dedos, venga acompáñeme.

—No, señora Mireya, gracias, es que ya...

—¿Cómo no? Si mire lo flaco que está, además es un poquito no más, ya siéntese, yo le sirvo. Así nos ponemos al día que hace tiempo no lo veo.

Comieron y conversaron de lo lindo recordando historias de tiempos pasados, cuando él era solo un niño y solía refugiarse en la casa de su vecina.

Comenzó a despedirse agradeciendo la comida cuando la señora Mireya lo tomó del brazo y le dijo:

—Mijito, su mamita está viejita, ¿cuándo se va a casar usted? ¿Porque no le da ese regalo antes que se nos vaya?

—Ay, no diga eso, mi mamá está bien, le queda cuerda pa' rato.

—Mijito, yo le voy a preguntar algo pero quiero que sea honesto, acuérdesse que yo lo conozco desde que era chiquitito y varias veces le limpié los mocos. ¿Usted por casualidad no es colipato?

—¡Señora Mireya, pero cómo dice eso!

—No sé po, es que nunca lo vemos con ninguna chiquilla y ya está grandecita, una entra a dudar.

—No, para nada, a mí me gustan las mujeres, lo que pasa es que todavía no encuentro una que me llame la atención así como para algo serio.

—Mmm... si igual lo entiendo un poco, están tan locas las niñas ahora.

—Sí, pues, ya... me voy yendo, que mi mamá debe estar cachúa porque todavía no llevo con las costuras y además tengo cosas que hacer...

—Sí, claro mijito. ¡Pero espere! Mire el huesito que me salió, a ver tire un lado y yo el otro y veamos a quien le toca la buena suerte.

—Mmm...pucha ya...

—¡Oh! Mijito sacó la parte más grande, qué buena suerte. Juéguese un loto hoy día, jajaja.

Sus dedos seguían un poco manchados con la grasa del pollo cuando salió de la casa de su vecina, ya no estaban los niños que antes jugaban en la calle, quizás se habían ido a almorzar. Él siguió avanzando con las



costuras de su mamá en las manos y pensando en la vida difícil que le tocó. El hecho de que su mamá siendo una mujer mayor aún tuviese que coserle ropa a los vecinos para ganar unas monedas extras, era algo que lo atormentaba. Amaba mucho a su mamá y valoraba su fuerza al quedarse a cargo de la familia cuando su papá los abandonó.

Pateó una piedra muy fuerte al recordar a su padre, y ésta le pegó a una lata que se encontraba tirada en el suelo: qué buena puntería. "¿O será buena suerte?", pensó sonriendo. Siguió avanzando. Cuando llegó a una plaza, su primer instinto fue sentarse un rato, observar a la gente y fumar, intentando olvidar la sensación agria que le daba recordar a su papá, pero no había nadie ahí. Comenzó a volver sobre sus pasos en dirección a su casa cuando algo lo hizo detenerse y sus ojos brillaron.

Apretó con sus manos grandes las costuras que llevaba en el pecho y la ansiedad comenzó a consumirlo, su corazón palpitaba cada vez más rápido, todos tenían razón, este era su día de suerte sin duda alguna, y ya no podía más con la adrenalina. Entonces, por segunda vez en su vida sintió que se transformaba, sus manos comenzaron a cambiar, sus uñas humanas se cayeron de a una y en su lugar salieron garras gigantescas, que se hundían en las costuras de su mamá, su cuerpo se cubrió de lustrosas plumas negras y, donde antes estaba su boca, ahora tenía un pico con forma de gancho dispuesto a desgarrar si era necesario.

Miró a todos lados registrando el perímetro y avanzó hasta donde estaba ella, ubicándose de frente con ojos rapaces, mientras le decía:

—Hola, preciosa, ¿y tus papis te dejaron columpiándote solita?







